

LOS EXPLORADORES VIVEN EN VANO

CORDWAINER SMITH

Martel estaba furioso. Ni siquiera se ajustó la sangre para protegerla de esa furia. Atravesó el cuarto golpeando fuerte con los pies, sin mirar por dónde iba. Cuando vio que la mesa daba contra el suelo y notó, por la expresión de Luci, que el estrépito había sido grande, miró hacia abajo para ver si tenía la pierna rota. No, explorador hasta la médula, tuvo que *explorarse* a sí mismo. El acto fue reflejo y automático. El inventario incluyó las piernas, el abdomen, la caja torácica de instrumentos, las manos, los brazos, la cara y la espalda con el espejo. Sólo entonces retomó Martel la furia. Habló con la voz, aunque sabía que Luci odiaba esos trompetazos y prefería que él escribiera.

—Te digo que he de entrar en *cranch*. Lo necesito. El problema es mío, ¿no?

Cuando Luci respondió, Martel, que leía los labios, sólo vio unas pocas palabras:

—Querido... eres mi marido... derecho a quererte... peligroso... hacerlo... peligroso... esperar...

Martel la miró a la cara, pero puso sonido en la voz, dejando que los trompetazos la lastimaran otra vez:

—Te digo que entraré en *cranch*.

A Martel le sorprendió el gesto de Luci y se puso triste y un poco tierno:

—¿No comprendes lo que significa para mí? ¡Salir de esta horrible prisión de mi propia cabeza! ¡Ser otra vez un hombre... oír tu voz, oler el humo! ¡Sentir otra vez..., sentir los pies en el suelo, sentir cómo el aire me toca la cara! ¿No sabes lo que es eso?

La angustiada ansiedad de Luci, que lo miraba con los ojos muy abiertos, lo empujó otra vez a aquella furia. Sólo leyó unas pocas palabras en los labios de ella:

—... quiero... tu propio bien... que seas humano... no entiendes... tu propio bien... demasiado... dijo... dijeron.

Cuando Martel rugió, notó en seguida que la voz era sin duda particularmente dañina. Sabía que el sonido lastimaba a Luci, tanto al menos como las palabras:

—¿Crees que yo quería que te casaras con un explorador? ¿No te dije que éramos casi tan inferiores como los habermans? Estamos muertos. Tenemos que estar muertos. ¿Cómo alguien si no lo está puede ir Arriba-Afuera? ¿Imaginas lo que es el espacio vacío? Te lo advertí. Pero te casaste conmigo. Está bien, te casaste con un hombre. Por favor, querida, déjame ser un hombre. Déjame oír tu voz, déjame sentir el calor de estar vivo, de ser humano. ¡Déjame!

Martel vio el gesto de agobiado asentimiento de Luci y supo que había ganado la discusión. No recurrió de nuevo a la voz. En cambio levantó la tablilla que le colgaba del pecho, y la afilada uña del dedo índice de

la mano derecha —la uña parlante del explorador— escribió con letra rápida y clara: *Pr fvr, qrd, ¿dnd st l
lmbd d crnch?*

Luci sacó del bolsillo del delantal el largo alambre recubierto de oro. Dejó caer la esfera inductora en el suelo alfombrado. Rápida y dócilmente, como buena esposa de un explorador, enrolló el alambre alrededor de la cabeza de Martel, y luego en espiral alrededor del cuello y el pecho. No tocó los instrumentos del pecho. Ni siquiera tocó las cicatrices alrededor de los instrumentos, el estigma de los hombres que habían ido Arriba y se habían internado Afuera. Mecánicamente, Martel levantó un pie mientras Luci deslizaba el alambre por debajo. Luci estiró el alambre y lo conectó al tablero de energía, junto al corazón de Martel. Lo ayudó a sentarse, le acomodó las manos, y le empujó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo de la silla. Luego se volvió y lo miró de frente, para que Martel pudiese leerle los labios. Luci tenía una expresión serena.

Se arrodilló, abrió la esfera del otro extremo del alambre, y se quedó allí de pie, tranquila, dándole la espalda a Martel. Martel le miró el cuerpo y no vio sino pena, algo que sólo un explorador podía notar. Luci habló: Martel vio cómo se le movían los músculos del pecho, y ella recordó al fin que él no le veía la cara y se volvió.

—¿Listo al fin?

Martel le sonrió un *sí*.

Luci le volvió otra vez la espalda. (Nunca podía mirar cuando Martel pasaba bajo el alambre.) Lanzó la esfera al aire. El campo magnético la atrapó y la esfera quedó allí, suspendida. De pronto brilló, incandescente. Eso fue todo. Todo... menos el rugido hediondo y violento de la vuelta a los sentidos. La vuelta, que atravesaba el tremendo umbral del dolor.

Cuando Martel despertó, bajo el alambre, no le pareció que acabara de salir del *cranch*. Aunque era la segunda vez en esa semana, se sentía bien. Estaba recostado en la silla. Los oídos absorbían el sonido del aire en las cosas del cuarto. Oyó cómo Luci respiraba en la otra habitación, donde estaba colgando el alambre para que se enfriara. Olió los mil y un olores que hay en el cuarto de cualquiera: la crispada frescura del quemador de gérmenes, el dejo agrídulce del humectante, los aromas de la cena reciente, el olor de la ropa, de los muebles, de la gente misma. Todo era deleitable. Cantó una o dos frases de su canción favorita:

*Brindo por el haberman, ¡Arriba-Afuera!
Arriba, ¡oh!... Afuera, ¡oh!... ¡Arriba-Afuera!*

Martel oyó que Luci lanzaba una risita ahogada en el otro cuarto. Ella vino corriendo hacia la puerta, y Martel escuchó embelesado el susurro del vestido.

Luci lo miró con aquella sonrisita torcida.

—Parece que estás bien. ¿Estás bien, realmente?

A pesar de la abundancia de sentidos, Martel exploró. El inventario relámpago era su habilidad profesional. Los ojos recorrieron la información de los instrumentos. En apariencia todo estaba bien, menos la compresión de nervios que vacilaba al borde de *Peligro*. Pero Martel no podía preocuparse por la caja de los nervios. Siempre sucedía eso luego de estar bajo el alambre. Uno no podía pasar bajo el alambre sin que se notara en la caja de los nervios. Algún día la caja pasaría a *Sobrecarga* y bajaría a *Muerto*. Así era como terminaba un haberman. Pero uno no podía tenerlo todo. La gente que iba Arriba-Afuera pagaba mentalmente el precio del espacio.

Sin embargo; tenía que preocuparse. Era un explorador. Un buen explorador, y lo sabía. Si él no podía *explorarse*, ¿quién lo haría entonces? El *cranch* no había sido demasiado peligroso. Peligroso, pero no *demasiado* peligroso.

Luci extendió la mano y le desordenó el pelo, como si le hubiera estado leyendo el pensamiento y no simplemente siguiéndolo:

—¡No tenías que haberlo hecho! ¡Sabes que no!

Martel sonrió.

—¡Pero lo hice!

Con una alegría todavía forzada, Luci dijo:

—Vamos, querido, pasemos un buen rato. Tengo casi de todo en la refrigeradora: tus gustos favoritos completos. Y dos nuevos registros de aromas. Yo misma los probé, y hasta a mí me gustaron. Y tú me conoces...

—¿Cuáles?

—¿Cuáles qué, mi querido?

Martel posó la mano en el hombro de Luci mientras salía cojeando del cuarto. (Nunca podía sentir de nuevo el suelo bajo los pies, el aire contra la cara, sin notarse aturdido y torpe. Como si el *cranch* fuese real, y ser un haberman fuese un mal sueño. Pero él *era* un haberman, y un explorador.)

—Tú sabes, Luci..., los aromas que tienes. ¿Cuál te gustó, de los aromas del registro?

—Buen-n-no —dijo Luci, pensando—, había unas costillas de cordero que eran lo más extraño...

Martel la interrumpió:

—¿Qué son *costillas de cordero*?

—Espera a olerlas. Luego adivina. Sólo te diré una cosa. Es un olor de hace cientos y cientos de años. Lo descubrieron en los viejos libros.

—¿Una costilla de cordero es una bestia?

—No te lo diré. Tienes que esperar —Luci se rió mientras lo ayudaba a sentarse y le servía los platos de sabores. Martel quería repasar la cena primero, y probar todas las cosas buenas que había comido, y saborearlas esta vez con los labios y la lengua vivos.

Cuando Luci encontró el alambre de música y arrojó hacia arriba la esfera del extremo hacia el campo magnético, Martel le recordó los nuevos aromas. Luci sacó los largos registros de vidrio y puso el primero en el transmisor.

—¡Huele!

Un aroma extraño, asombroso, excitante, invadió el cuarto. No se parecía a nada de este mundo, ni a nada de Arriba-Afuera. Sin embargo, era familiar. A Martel se le hizo agua la boca. Se le aceleró un poco el pulso; observó la caja del corazón. (Efectivamente, se le había acelerado el pulso.) Pero, ese aroma, ¿qué era? Mostrando una falsa perplejidad, tomó a Luci por las manos, la miró a los ojos, y gruñó:

—¡Dímelo, querida! ¡Dímelo o te como!

—¡Acertaste!

—¿Qué?

—Acertaste. Te ha dado hambre. Es carne.

—Carne. ¿Quién?

—No es una persona —dijo Luci, con aire de sabiduría—, es una bestia. Una bestia que la gente comía en otro tiempo. Un cordero es una oveja pequeña.... tú viste ovejas en la selva, ¿no es así?... y una costilla es una parte del medio... ¡de aquí! —Luci se señaló el pecho.

Martel no la oyó. Todas las cajas habían girado hacia *Alarma*, algunas hacia *Peligro*. Luchó contra el rugido de su propia mente, y la excesiva excitación del cuerpo. Qué fácil era ser explorador cuando uno estaba realmente fuera del propio cuerpo, a lo haberman, y lo miraba sólo con los ojos. Entonces uno podía manejarlo, dominarlo fríamente, aun en la misma agonía del espacio. ¡Pero advertir que uno *era* un cuerpo, que lo dominaba a uno, que la mente podía golpear la carne y lanzarla rugiendo a una zona de pánico! Eso era malo.

Trató de recordar los días en que no había entrado aún en el aparato de Haberman, antes que lo cortaran en pedazos para el Arriba-Afuera. ¿Había estado siempre sujeto a ese torrente de emociones que iban de la mente al cuerpo y del cuerpo a la mente, confundiéndolo, impidiendo que se *explorara*? Pero entonces no era todavía un explorador.

Al fin entendió. Lo supo mientras se observaba el pulso, desenfrenado. En la pesadilla de Arriba-Afuera le había llegado aquel aroma, mientras la nave abrasaba Venus y los habermans luchaban contra el derrumbe, sosteniendo el metal con las manos desnudas. Martel había observado entonces: todos estaban en *Peligro*. Alrededor las cajas torácicas subían a *Sobrecarga* y bajaban a *Muerto*, mientras él iba de hombre en hombre apartando los cadáveres amontonados y tratando de *explorar* a cada hombre a su vez, asegurando tornillos en piernas inadvertidamente rotas, apretando la válvula del sueño en hombres que según los instrumentos estaban desesperadamente cerca de *Sobrecarga*. Entre hombres que trataban de

trabajar y lo maldecían porque era un explorador, mientras él intentaba llevar a cabo celosamente aquella tarea, manteniéndolos a todos vivos en el Gran Dolor del Espacio, Martel había sentido aquel aroma. El aroma le había atravesado los nervios reconstruidos, los cortes de haberman, todas las defensas de la disciplina física y mental. En el instante más violento de la tragedia, Martel había olido. Lo recordaba como un mal que se sumaba a la furia y a la pesadilla de alrededor. Hasta había interrumpido el trabajo para *explorarse*, temiendo la aparición del Primer Efecto que le atravesaría todos los cortes de haberman, destruyéndolo en el Dolor del Espacio. Pero se había salvado de algún modo. Los instrumentos se le mantuvieron y mantuvieron en *Peligro*, sin acercarse a *Sobrecarga*. Había cumplido su tarea, y lo habían elogiado. Hasta había olvidado la nave en llamas.

Todo menos el olor.

Y aquí estaba otra vez el olor... el olor de carne-con-fuego...

Luci lo miró con una preocupación de mujer casada. Pensaba, era evidente, que Martel había abusado del alambre y que estaba a punto de volverse otra vez haberman. Trató de mostrarse animada:

—Te convendría descansar, mi vida.

Martel susurró:

—Apaga... ese... olor...

Luci no discutió la orden. Apagó el transmisor. Luego atravesó el cuarto y tocó con el pie los controles del piso hasta que una leve brisa se alzó empujando el aroma hacia el techo.

Martel se incorporó, cansado y rígido. (Los instrumentos señalaban que todo estaba normal, menos el corazón que latía con demasiada rapidez y los nervios que colgaban al borde de *Peligro*.)

—Perdóname, Luci —dijo tristemente—. Supongo que pude haberlo evitado. Era demasiado pronto. Pero tengo que salir del estado de haberman, querida. ¿Cómo puedo estar si no cerca de ti? ¿Cómo puedo ser un hombre si no oigo mi propia voz, si no siento la vida que me corre por las venas? Te amo, querida ¿No estaré nunca cerca de ti?

El orgullo de Luci fue disciplinado y automático:

—¡Pero eres un explorador!

—Ya sé que soy un explorador. ¿Y bien?

Luci repitió las palabras, como un cuento mil veces contado, para sentirse más segura:

—Los exploradores son los más valientes entre los valientes, los más diestros entre los diestros. Toda la humanidad honra al *explorador*, que une las Tierras de los hombres. Los *exploradores* son los protectores de los habermans, los jueces de Arriba-Afuera. Ayudan a que los hombres vivan en el sitio donde los hombres necesitan desesperadamente morir. No hay nadie más respetado en toda la humanidad, y aun los Jefes de la Instrumentalidad les rinden de buen grado homenaje.

Martel replicó, resistiéndose a dejar aquel dolor:

—Luci, todo eso ya lo sabemos. ¿Pero el sacrificio vale la pena?

—«Los exploradores no trabajan buscando una recompensa. Son los guardianes de la humanidad.»
¿No lo recuerdas?

—Pero nuestras vidas, Luci. ¿Te sirve de algo estar casada con un explorador? Sólo soy humano cuando estoy bajo el alambre. El resto del tiempo... ya lo sabes. Una máquina. Un hombre que ha muerto y a quien han conservado con vida para que cumpla un servicio. ¿No sabes que echo muchas cosas de menos?

—Claro que sí, querido, claro que sí...

—¿No entiendes que me acuerdo de mi infancia? —continuó Martel—. ¿No entiendes que me acuerdo del tiempo en que yo era un hombre y no un haberman? ¿Cuando caminaba y sentía los pies en el suelo? ¿Cuando sentía un dolor preciso y adecuado en vez de tener que mirarme el cuerpo como ahora a cada minuto para ver si estoy vivo? ¿Cómo sabré si estoy muerto? ¿Alguna vez lo pensaste, Luci? ¿Cómo sabré si estoy muerto?

Luci ignoró la irracionalidad de este arranque de Martel. Habló como si quisiese apaciguarlo.

—Siéntate, por favor. Te prepararé alguna bebida. Estás rendido.

Martel se exploró automáticamente.

—¡No, no lo estoy! Escúchame. ¿Cómo crees que se siente uno Arriba-Afuera, en medio de la tripulación atada-para-el-espacio? ¿Cómo crees que se siente uno viéndolos dormir? ¿Crees que me gusta explorar, explorar, explorar, mes tras mes, mientras siento que el Dolor del Espacio me golpea en todo el cuerpo, tratando de atravesar los bloques de haberman? ¿Crees que me gusta tener que despertar a los hombres y que me odien por eso? ¿Has visto alguna vez una pelea de habermans: hombres fuertes que luchan sin sentir ningún dolor, hasta que uno de ellos toca *Sobrecarga*? ¿Alguna vez lo pensaste, Luci? — Triunfalmente, concluyó—: ¿Puedes reprocharme si vuelvo a ser hombre dos días al mes?

—No te reprocho, querido. Disfrutemos ahora. Siéntate y toma algo.

Martel se quedó sentado, con la cara apoyada en las manos, mientras Luci le preparaba la bebida: jugo natural de frutas guardado en botellas y unos alcaloides inocuos. La miró con impaciencia y le tuvo lástima porque se había casado con un explorador; y luego, aunque era injusto, le molestó tenerle lástima.

En el momento en que Luci se volvía para entregarle la bebida, sonó el teléfono, sobresaltándolos. No tenía que haber sonado. Lo habían desconectado antes. El teléfono sonó otra vez. El llamado llegaba evidentemente por el circuito de emergencia. Adelantándose, Martel se acercó al teléfono y miró. Vomact estaba mirándolo.

La costumbre autorizaba a los exploradores a ser bruscos, aun con un explorador mayor, en ciertas ocasiones.

Antes que Vomact hablase, Martel dijo dos palabras en la placa, sin importarle si el viejo podía leerle o no los labios:

—*Cranch*. Ocupado.

Cerró el interruptor y volvió junto a Luci.

El teléfono sonó otra vez.

Luci dijo, dulcemente:

—Yo puedo atender. Siéntate y toma tu bebida.

—Deja el teléfono —dijo Martel—. Nadie tiene derecho a llamarme cuando estoy en *cranch*. Vomact lo sabe. Tendría que saberlo.

El teléfono sonó de nuevo. Furioso, Martel se levantó y fue hasta la placa. Abrió el interruptor. Vomact estaba en la pantalla. Antes que Martel pudiese hablar, Vomact alzó la uña parlante sobre la caja del corazón. Martel volvió a la disciplina:

—El explorador Martel presente y esperando, señor.

Los labios se movieron solemnemente:

—Emergencia suprema.

—Señor, estoy bajo el alambre.

—Emergencia suprema.

—Señor, ¿no entiende? —Martel pronunció lentamente las palabras para que Vomact pudiese seguirlo—. Estoy... bajo... el... alambre. ¡Inservible... para... el... espacio!

Vomact repitió:

—Emergencia suprema. Preséntate en la Base.

—Pero, señor, nunca ha habido...

—Cierto, Martel. Nunca ha habido una emergencia parecida. Preséntate en la Base. —Mostrando un leve destello de bondad, Vomact continuó—: No es necesario que dejes el *cranch*. Preséntate como estás.

Esta vez fue a Martel a quien le cortaron el teléfono. La pantalla se volvió gris.

Martel se volvió hacia Luci, hablándole en un tono donde ya no había ningún malhumor. Luci se le acercó, lo besó, y le acarició el pelo. Todo lo que pudo decir fue:

—Lo siento. —Lo besó otra vez, sintiendo la desilusión de Martel—. Ten cuidado, querido. Te espero.

Martel observó, y se puso la aerochaqueta transparente. Al llegar a la ventana se detuvo y saludó. Luci gritó:

—¡Buena suerte!

Mientras atravesaba el aire como una corriente, Martel se dijo:

—Esta es la primera vez que vuelo de veras en... once años. ¡Señor, qué fácil es volar si uno se siente vivo!

La base central brillaba a lo lejos, blanca y austera. Martel miró. No vio ningún resplandor de naves de Arriba-Afuera, ninguna llamarada temblorosa de Fuego del Espacio que ya no podían dominar. Todo estaba tranquilo, como de costumbre en las noches libres.

Y sin embargo Vomact había llamado. Había llamado por una emergencia más grave que el Espacio. Era imposible. Pero Vomact había llamado.

Cuando Martel llegó, encontró reunidos a casi la mitad de los exploradores, unas dos docenas. Alzó el dedo parlante. La mayoría de los exploradores estaba de pie, cara a cara, conversando en parejas y leyéndose los labios. Algunos de los más viejos e impacientes escribían en las tablillas y las ponían delante de los ojos de los otros. Todas las caras tenían la expresión muerta, apagada, lánguida, del haberman. Cuando Martel entró en el cuarto, supo que en la escondida soledad de las mentes de los otros había risas, pensamientos que era inútil expresar en palabras. Hacía mucho tiempo que un explorador en *cranch* no aparecía en una reunión.

Vomact no había llegado; probablemente estaría aún en el teléfono llamando a otros, pensó Martel. La luz del teléfono se encendía y se apagaba; sonó un timbre. Martel se sintió extraño cuando notó que ningún otro había oído el timbre. Entendió por qué a la gente común no le gustaba meterse en grupos de habermans o de exploradores. Martel miró alrededor, buscando compañía.

El amigo Chang estaba allí, ocupado, explicándole a un viejo y quisquilloso explorador que no conocía los motivos del llamado. Martel miró más lejos y vio a Parizianski. Se acercó, pasando diestramente entre los otros; era evidente que sentía los pies y que no necesitaba mirarlos. Algunos de los demás, de rostros inexpresivos, lo miraron y trataron de sonreír. Pero no dominaban bien los músculos y las caras se les transformaron en unas máscaras retorcidas. (Generalmente los exploradores no hacían ningún gesto, ya que no gobernaban los rostros, y Martel se dijo: *Juro que no sonreiré más si no estoy bajo el alambre.*)

Parizianski le hizo la seña del dedo parlante. Mirándole a la cara, dijo:

—¿Vienes en *cranch*?

Parizianski no podía oírse a sí mismo, y las palabras fueron como un rugido en un teléfono roto y chillón. Martel se sobresaltó, pero sabía que la intención de la pregunta era buena. No había nadie de mejor carácter que el corpulento Pole.

—Llamó Vomact. Emergencia suprema.

—¿Le dijiste que estabas en *cranch*?

—Sí.

—¿Y lo mismo te hizo venir?

—Sí.

—Entonces, ¿todo esto... no es para el Espacio? Tú no podrías ir Arriba-Afuera. ¿No eres como los hombres comunes?

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué nos llamó Vomact?

Algún hábito prehaberman hizo que Parizianski acompañara la pregunta con un movimiento de los brazos. Una mano golpeó la espalda del anciano que estaba detrás. La palmada resonó en todo el cuarto pero sólo Martel la oyó. Instintivamente, exploró a Parizianski y al viejo, y ellos lo exploraron también. Sólo entonces le preguntó el viejo por qué lo había explorado. Cuando Martel le explicó que estaba bajo el alambre, el otro fue corriendo por todo el cuarto a contar que en la Base había un explorador en *cranch*.

Ni siquiera esta noticia distrajo a la mayoría de los exploradores, que siguieron preocupados, pensando en la emergencia suprema. Un hombre joven, que había explorado el primer tránsito hacía un año apenas, se interpuso entre Parizianski y Martel. Les mostró dramáticamente la tablilla: *¿Vmct st lc?*

Los dos hombres mayores sacudieron la cabeza. Martel recordó que el joven era haberman desde hacía no mucho tiempo, y mitigó la inexpresiva solemnidad de la negativa sonriendo amistosamente. Habló con una voz normal, y dijo:

—Vomact es el decano de los exploradores. No podría enloquecer. ¿No lo vería antes en las cajas?

Martel tuvo que repetir lentamente la pregunta, pronunciando con cuidado para que el joven explorador entendiera el comentario. El joven trató de mostrar una sonrisa, y la cara se le retorció como una máscara cómica. Al fin tomó la tablilla y escribió: *Tns rzn*.

Chang dejó al viejo y se acercó; el rostro le brillaba en la noche cálida. (Es extraño —pensó Martel— que no haya más exploradores chinos. O quizá no sea tan extraño, si se tiene en cuenta que nunca llenan la cuota de habermans. A los chinos les gusta demasiado la buena vida. Los que exploran son todos excelentes.)

Chang vio que Martel estaba en *cranch* y habló con la voz:

—Rompes los precedentes. ¿Luci no está enojada por haberte perdido?

—Lo tomó a bien. Chang, qué extraño.

—¿Qué cosa?

—Estoy en *cranch* y te oigo. Tu voz suena bien. ¿Cómo aprendiste a hablar como... como una persona común?

—Practiqué con grabaciones. Es gracioso que lo hayas notado. Creo que soy el único explorador en la Tierra y entre las Tierras que puede pasar por un hombre común. Espejos y grabaciones. Descubrí cómo actuar.

—¿Pero no...?

—No. Ni siento, ni saboreo, ni oigo, ni huelo. Hablar no me hace mucho bien. Pero noto que anima a la gente que está conmigo.

—Qué diferencia sería para la vida de Luci.

Chang asintió.

—Mi padre me insistió siempre. Decía: «Tal vez estés orgulloso de ser un explorador. Yo lamento que no seas un hombre. Esconde los defectos». Lo intenté. Quería hablarle al viejo de Arriba-Afuera, y de lo que hacíamos allí, pero fue inútil. Él me decía: «Los aeroplanos eran buenos para Confucio, y son buenos para mí». ¡Viejo farsante! Se empeña tanto en ser chino y ni siquiera sabe leer el chino antiguo. Pero tiene un maravilloso sentido común y, para alguien que se acerca a los doscientos, de veras anda bien.

La idea hizo sonreír a Martel:

—¿En aeroplano?

Chang le devolvió la sonrisa. La disciplina de los músculos faciales de Chang era asombrosa; cualquiera que pasase por allí no pensaría que era un haberman y que movía los ojos, las mejillas y los labios con frío dominio intelectual. Aquella expresión tenía la espontaneidad de la vida. Martel miró las caras frías e inexpresivas de Parizianski y los otros, y envidió un instante a Chang. Sabía que él mismo tenía una buena expresión: ¿por qué no? Estaba en *cranch*. Se volvió hacia Parizianski y dijo:

—¿Viste lo que dijo Chang del padre? El viejo anda en aeroplano.

Parizianski hizo unos movimientos con la boca, pero los sonidos no significaron nada. Tomó la tablilla y se la mostró a Martel y a Chang: *Bzz bzz Jj. Q vj ncrbl*.

En ese momento Martel oyó unos pasos que venían por el corredor. No pudo evitar mirar hacia la puerta. Otros ojos siguieron la mirada de Martel.

Vomact entró en la sala.

El grupo se ordenó en cuatro filas paralelas, explorándose unos a otros. Numerosas manos se alargaron para ajustar los controles electroquímicos de las cajas torácicas, que habían empezado a cargarse. Un explorador mostró un dedo roto descubierto por un contra-explorador, y lo acercó para que se lo trataran y lo entablillaran.

Vomact había sacado el bastón de mando. El cubo del extremo superior del bastón emitió una luz roja que inundó la sala; las filas se formaron de nuevo y los exploradores saludaron con un ademán:

Presentes y atentos.

Vomact les respondió con la seña: *Soy el decano y asumo el mando.*

Los dedos parlantes se alzaron asintiendo.

Vomact levantó el brazo derecho, y dejó caer la muñeca como si estuviera rota, un raro ademán interrogativo:

—¿Hay algún hombre alrededor? ¿Hay algún haberman suelto? ¿Todo despejado para los exploradores?

Sólo Martel oyó el raro susurro de pies, cuando todos se volvieron y se miraron unos a otros, severamente, encendiendo las luces de los cinturones e iluminando los rincones oscuros de la sala. Cuando miraron otra vez a Vomact, el decano señaló:

—*Todo despejado. Atención.*

Martel notó que sólo a él se le aflojaba el cuerpo. Los otros tenían las mentes bloqueadas en los cráneos conectadas con los ojos y con el resto del cuerpo sólo mediante unos nervios no sensorios y las cajas de instrumentos del pecho. Martel se dio cuenta que había esperado oír la voz de Vomact: el decano hablaba desde hacía rato. Ningún sonido le salía de la boca. (Vomact nunca se preocupaba por el sonido.)

—... y cuando los primeros hombres que fueron Arriba-Afuera llegaron a la Luna, ¿qué encontraron?

—Nada respondió el silencioso coro de labios.

—Fueron entonces más lejos, a Marte y a Venus. Las naves salían año tras año, pero ninguna regresó hasta el Año Uno del Espacio. Al fin llegó una nave con el Primer Efecto. Exploradores, os pregunto: ¿qué es el Primer Efecto?

—Nadie lo sabe. Nadie lo sabe.

—Nadie lo sabrá nunca. Hay demasiadas variables. ¿Cómo conocemos el Primer Efecto?

—En el Dolor del Espacio —dijo el coro.

—¿Y por qué otra señal?

—Por la necesidad, oh, por la necesidad de la muerte.

Vomact otra vez:

—¿Y quién acabó con la necesidad de la muerte?

—Henry Haberman conquistó el Primer Efecto, en el año 83 del Espacio.

—¿Cómo, exploradores?

—Hizo los habermans.

—¿Cómo, exploradores, se hacen los habermans?

—Mediante los cortes. Los cortes aíslan el cerebro del corazón, de los pulmones. Los cortes aíslan el cerebro de los oídos, de la nariz. Los cortes aíslan el cerebro de la boca, del vientre. Los cortes aíslan el cerebro del deseo y el dolor. Los cortes aíslan el cerebro del mundo. Menos de los ojos. Menos del dominio de la carne.

—¿Y cómo, oh exploradores, se domina la carne?

—Las cajas puestas en la carne, los tableros del pecho, las señales que gobiernan el cuerpo, las señales que permiten la vida del cuerpo.

—¿Cómo vive un haberman?

—El haberman vive por la observación de las cajas.

—¿De dónde vienen los habermans?

Martel sintió la respuesta como un áspero rugido que resonaba en el cuarto mientras los exploradores, ellos mismos habermans, ponían sonido a los movimientos de los labios.

—Los habermans son la escoria de la humanidad.

Los habermans son los débiles, los crueles, los crédulos y los inadaptados. Los habermans son los sentenciados-a-más-que-la-muerte. Los habermans viven sólo en la muerte. Los matan para el Espacio, pero viven para el Espacio. Dominan las naves que unen las Tierras. Viven en el Gran Dolor mientras los hombres comunes duermen en el sueño helado del tránsito.

—Hermanos y exploradores, os pregunto ahora: ¿somos o no somos habermans?

—Somos habermans en carne y hueso. Nos cortan y nos aíslan el cerebro de la carne. Estamos listos para ir Arriba-Afuera. Hemos pasado por el aparato de Haberman.

Los ojos de Vomact resplandecieron mientras preguntaba de acuerdo con el rito.

—¿Entonces somos habermans?

La respuesta coreada fue acompañada otra vez por un rugido de voces, que sólo Martel oyó:

—Habermans somos, y más, y más. Somos los Escogidos, que son habermans por propia y libre voluntad. Somos los agentes de la Instrumentalidad de los Hombres.

—¿Qué han de decirnos los otros?

—Han de decirnos: Los exploradores son los más valientes entre los valientes, los más diestros entre los diestros. Toda la humanidad honra al explorador, que une las Tierras de los hombres. Los exploradores son los protectores de los habermans, los jueces de Arriba-Afuera. Ayudan a que los hombres vivan en el lugar donde los hombres necesitan desesperadamente morir. No hay nadie más respetado en toda la humanidad, y aun los Jefes de la Instrumentalidad les rinden de buen grado homenaje.

Vomact se enderezó un poco más:

—¿Qué deber secreto tiene un explorador?

—Mantener la ley en secreto y destruir a quienes la conozcan.

—¿Destruirlos cómo?

—Dos veces *Sobrecarga*, atrás y *Muerto*.

—¿Si mueren habermans, qué haremos entonces?

Los exploradores apretaron los labios. (Silencio era el código.) Martel, que conocía el código desde hacía tiempo, miró alrededor y notó que Chang respiraba pesadamente; estiró la mano y le ajustó el control de pulmones. Chang lo miró agradecido. Vomact observó la interrupción y les clavó los ojos. Martel se aflojó y trató de imitar la quietud fría e inexpresiva de los otros. Era difícil, cuando uno estaba en *cranch*.

—Si mueren otros, ¿qué haremos entonces?

—Los exploradores informan a la Instrumentalidad. Los exploradores aceptan el castigo. Los *exploradores* resuelven juntos el caso.

—¿Y si el castigo fuera severo?

—Entonces no sale ninguna nave.

—¿Y si no honran a los exploradores?

—Entonces no sale ninguna nave.

—¿Y si no pagan a un explorador?

—Entonces no sale ninguna nave.

—¿Y si los Otros y la Instrumentalidad no respetan en todo momento y en todo sentido los derechos de un explorador?

—Entonces no sale ninguna nave.

—¿Y qué pasa, exploradores, si no salen las naves?

—Las Tierras se separan. Impera el desorden. Las viejas máquinas y las bestias vuelven al mundo.

—¿Cuál es el primero de los deberes de un explorador?

—No dormirse Arriba-Afuera.

—¿Cuál es el segundo de los deberes de un explorador?

—No recordar el nombre del miedo.

—¿Cuál es el tercero de los deberes de un explorador?

—No recurrir al alambre de Eustace *Cranch* sino con cuidado, con moderación. —Varios pares de ojos miraron rápidamente a Martel—. El alambre sólo en casa, sólo entre amigos, sólo con el propósito de recordar, de descansar, o de procrear.

—¿Qué han prometido los exploradores?

—Fidelidad aun en la muerte.

—¿Cuál es el lema del explorador?

—Atención aun en el silencio.

—¿Cuál es la tarea del explorador?

—Trabajo aun en las alturas de Arriba-Afuera, lealtad aun en las profundidades de las Tierras.

—¿Cómo se conoce a un explorador?

—Nosotros nos conocemos. Estamos muertos aunque vivimos. Y hablamos con la tablilla y la uña.

—¿Cuál es el código?

—El código es la antigua y amistosa sabiduría, la atención total y la lealtad que nos anima.

A esta altura el rito continuaba: «¿Hay un trabajo o un mensaje para nosotros, los exploradores?»

En cambio Vomact dijo:

—Emergencia suprema. Emergencia suprema.

Los otros exploradores mostraron la señal *Presentes y atentos*. Vomact dijo entonces mientras todos trataban de leerle los labios:

—¿Alguien conoce los trabajos de Adam Stone?

Martel vio labios que se movían, diciendo:

—El Asteroide Rojo. El Otro que vive al borde del Espacio.

—Adam Stone ha hablado con los Señores de la Instrumentalidad. Dice que ha descubierto una protección contra el Dolor del Espacio. Es posible, dice, que los hombres comunes trabajen y estén despiertos sin ningún peligro Arriba-Afuera. Dice que los exploradores ya no son necesarios.

Luces de cinturones se encendieron en toda la sala a medida que los exploradores pedían autorización para hablar. Vomact señaló a uno de los hombres más viejos.

—Hablará el explorador Smith.

Smith salió a la luz, caminando lentamente, mirándose los pies. Se volvió, para que pudieran verle la cara.

—Digo —habló— que no es cierto. Digo que Stone miente. Digo que la Instrumentalidad no tiene que dejarse engañar.

Hizo una pausa. Luego continuó, respondiendo a alguna pregunta del auditorio que la mayoría de los otros no había visto:

—Invoco la palabra secreta de un explorador.

Smith abrió la mano pidiendo atención de emergencia:

—Digo que Stone tiene que morir.

Martel, en *cranch* todavía, se estremeció al oír el abucheo, los quejidos, los gritos, los chillidos, los gruñidos y los gemidos que proferían los exploradores. Habían olvidado el ruido, excitados, y trataban que los cuerpos muertos les hablasen a unos oídos sordos. Las luces de los cinturones parpadeaban frenéticamente en la sala. Algunos exploradores se lanzaron a la tribuna, y se arremolinaron allí pidiendo atención hasta que Parizianski —el de mayor tamaño— se abrió paso y los hizo bajar, y se volvió para hablar al grupo.

—Hermanos exploradores, prestadme ojos.

Los hombres de abajo seguían moviéndose, y empujándose los cuerpos torpes. Finalmente Vomact se puso delante de Parizianski, miró a los otros y dijo:

—¡Exploradores, sed exploradores! Dadle ojos.

Parizianski no era un buen orador. Los labios se le movían con demasiada rapidez. Hacía ademanes, y eso distraía la atención del público. Sin embargo, Martel pudo seguir la mayor parte del mensaje:

—... no podemos hacerlo. Stone quizá tuvo éxito. Si tuvo éxito, eso significa el fin de los exploradores. También significa el fin de los habermans. Ninguno de nosotros tendrá que luchar Arriba-Afuera. Nadie tendrá que pasar ya bajo el alambre para ser humano unas pocas horas o unos pocos días. Todos seremos Otros. Nadie necesitará el alambre nunca más. Los hombres serán hombres. A los habermans se los podrá matar decente y decorosamente, como en los viejos días, y nadie se opondrá. ¡No tendrán que trabajar Arriba-Afuera! No habrá Gran Dolor. ¡Piénsenlo! ¡No... más... Gran... Dolor! ¿Cómo podemos saber si Stone es un embustero...?

Las luces de los cinturones apuntaban ahora directamente a los ojos de Parizianski: el peor insulto de un explorador a otro explorador.

Vomact recurrió otra vez a la autoridad. Se puso delante de Parizianski y dijo algo que los otros no pudieron ver, Parizianski bajó de la tribuna. Vomact habló de nuevo:

—Creo que algunos exploradores no están de acuerdo con el hermano Parizianski. Yo digo que suspendamos el uso de la tribuna hasta que hayamos discutido el caso en privado.

»Dentro de quince minutos reabriré la sesión.

Martel buscó a Vomact. El decano se había unido al grupo de los de abajo. Martel escribió un rápido mensaje en la tablilla, y esperó la oportunidad de poner la tablilla ante los ojos del Decano. Martel había escrito: *Sty n crnch. Slct rsptsmt prms pr rtrrm hr msm. Spr rdns.*

Martel se sentía raro. La mayoría de las reuniones le habían parecido formales, animosamente ceremoniales; reuniones que iluminaban las oscuras eternidades al interior de los habermans. Cuando no estaba bajo el alambre, Martel no notaba el cuerpo más que como un busto de mármol atento al pedestal de mármol. Había estado antes con los exploradores. Había estado con ellos durante horas, sin esfuerzo, mientras el largo ritual se abría paso en la terrible soledad que había detrás de los ojos, y había sentido que

los exploradores —aunque una cofradía de malditos— serían siempre respetados, pues aquella misma mutilación era una necesidad profesional.

Esta vez todo parecía distinto. En *cranch*, y en plena posesión del olfato-sonido-gusto, Martel reaccionaba aproximadamente como un hombre normal. Vio a los amigos y colegas como un grupo de fantasmas cruelmente arrastrados de un lado a otro y que representaban ahora el rito estéril de su propia e irrevocable condena. ¿Qué importancia podía tener algo cuando uno se transforma en haberman? ¿Para qué esta charla sobre habermans y exploradores? Los habermans eran criminales o herejes, y los exploradores caballeros voluntarios; pero todos estaban en el mismo aprieto, con una sola diferencia: se consideraba que los exploradores eran dignos de un breve regreso al mundo de los hombres mientras que a los habermans se los desconectaba cuando las naves estaban en puerto y se los dejaba en suspenso hasta que era necesario despertarlos, en alguna emergencia o dificultad, para que cumpliesen otro período de condena. Era raro ver a un haberman en la calle; tenía que ser alguien muy valiente o de mucho mérito para que lo dejaran mirar a los hombres desde la terrible prisión de un cuerpo mecanizado. Sin embargo, ¿qué explorador se compadecía de un haberman? ¿Qué explorador honraba a un haberman si no era descuidadamente, y como simple deber? ¿Qué habían hecho los exploradores, como gremio y como clase, por los habermans, excepto asesinarlos con una torcedura de muñeca cada vez que un haberman, que había pasado tanto tiempo junto al explorador, llegaba a dominar el oficio de la exploración y aprendía a vivir por sí mismo, no bajo la imposición de los exploradores? ¿Qué podían saber los Otros, los hombres comunes, de lo que pasaba en las naves? Los Otros dormían en los cilindros, misericordiosamente inconscientes hasta que despertaban en la Tierra de destino. ¿Qué podían saber los Otros de los hombres que tenían que estar vivos dentro de la nave?

¿Qué podía saber cualquiera de los Otros del Arriba-Afuera? ¿Quién de los Otros podía contemplar la belleza punzante y ácida de los astros en el espacio abierto? ¿Qué podían decir del Gran Dolor, que empezaba calladamente en la médula, como una dolencia, y que seguía con la fatiga y la náusea de las células nerviosas, de las células del cerebro, de los puntos sensibles del cuerpo, hasta que la vida misma era como un hambre terrible y dolorosa de silencio y de muerte?

Martel era un explorador. Muy bien, *era* un explorador. Había sido explorador desde el momento en que juró como hombre normal, a la luz del sol, ante un Subjefe de la Instrumentalidad:

—Comprometo mi honor y mi vida en beneficio de la humanidad. Me sacrificaré voluntariamente a las necesidades de la humanidad. Aceptando este peligroso y austero honor, cedo todos mis derechos a los Honorables Jefes de la Instrumentalidad y a la Honrada Cofradía de los Exploradores.

Martel se había comprometido.

Había entrado en el aparato de Haberman.

Recordaba aquel infierno. No había sido un infierno tan malo, aunque parecía que había durado cien millones de años, y que en todo ese tiempo no había dormido nunca. Había aprendido a sentir con los ojos. Había aprendido a ver a pesar de las pesadas placas que llevaba detrás de los ojos aislándolos del resto del cuerpo. Había aprendido a explorarse la piel. Todavía recordaba la vez en que se notó la camisa húmeda y sacó el espejo de exploración y descubrió que tenía un agujero en el costado, de tanto apoyarse en una máquina vibradora. (Ya no podía ocurrirle; miraba ahora con demasiada frecuencia los propios instrumentos.) Recordaba cómo había ido Arriba-Afuera, y cómo el Gran Dolor lo había golpeado, aunque

el tacto, el olfato, la sensibilidad y el oído no respondían a las necesidades comunes. Recordaba haber matado habermans, y haber conservado a otros con vida, y haber estado de pie y despierto durante meses junto al honorable explorador-piloto. Recordaba haber desembarcado en Tierra Cuatro, y recordaba que no le había gustado. Ese día entendió también que nunca habría ninguna recompensa.

Martel estaba de pie ahora entre los otros exploradores. Odiaba en ellos la torpeza cuando se movían, la inmovilidad cuando estaban quietos. Odiaba la rara mezcla de olores que aquellos cuerpos despedían inadvertidamente. Odiaba esos gruñidos y gemidos y graznidos que ellos nunca oían. Los odiaba a ellos, y se odiaba a sí mismo.

¿Cómo podía soportarlo Luci? Durante semanas, mientras la cortejaba, los instrumentos del pecho le habían indicado *Peligro*: en todo ese tiempo había llevado ilegalmente el alambre, pasando en seguida de un estado a otro sin atender a los indicadores que oscilaban al borde de *Sobrecarga*. La había enamorado, sin pensar qué ocurriría si ella decía «Sí». Luci había dicho sí.

«Y fueron eternamente felices.» Así decían los viejos libros, pero, ¿cómo podían ser felices en la vida? En todo el año anterior, Martel sólo había pasado dieciocho días bajo el alambre. Sin embargo, Luci lo había querido. Todavía lo quería. Martel no lo ignoraba. Luci vivía afligida mientras Martel se pasaba los meses Arriba-Afuera. Trataba de darle un hogar, aunque Martel era un haberman; de prepararle buenas comidas, aunque Martel no podía saborearlas; de ser atractiva, aunque Martel no podía besarla. Mejor así, pues el cuerpo de un haberman no era más que un mueble. Luci tenía mucha paciencia.

¡Y ahora, Adam Stone! (Dejó que se le borrara la tablilla: ¿cómo podía irse?)

¿Dios bendiga a Adam Stone?

Martel no pudo menos que sentir un poco de lástima por sí mismo. La llamada imperiosa y alta del deber no lo llevaría nunca más a través de doscientos años del tiempo de los Otros, a través de dos millones de eternidades propias. Podía aflojarse y descansar. Podía olvidarse del espacio profundo y dejar que los otros cuidasen del Arriba-Afuera. Podía recurrir al alambre cada vez que se atreviese. Podía ser casi normal —casi— durante un año o cinco años o ningún año. Pero al menos podía estar con Luci. Podía ir con ella a las tierras salvajes, los sitios oscuros donde aún vagabundeaban las Bestias y las Máquinas antiguas.

Quizá muriese en la excitación de la cacería, arrojando lanzas a un antiguo menshanyager que saltaba desde la entrada de una cueva, o tirando esferas de calor a las tribus de los Implacables que aún vagaban por aquellos territorios. ¡Todavía había una vida que vivir, todavía había una muerte buena y normal que morir, no el movimiento de una aguja en el silencio y la agonía del Espacio!

Martel había estado caminando de un lado a otro, impacientemente. No tenía ganas de mirar los labios de los hermanos. Ahora parecía que habían llegado a una decisión. Vomact se acercaba a la tribuna. Martel buscó con la mirada a Chang y se le acercó. Chang susurró:

—Estás tan inquieto como agua en el aire. ¿Qué te pasa? ¿Estás dejando el *cranch*?

Martel y Chang exploraron juntos: los instrumentos no se movían. No había señales que el *cranch* estuviese acabando.

La luz llamó pidiendo atención. Las filas de exploradores se ordenaron otra vez. Vomact metió la cara vieja y delgada en el resplandor, y dijo:

—Exploradores y hermanos, llamaré a votación.

Vomact esperó en la actitud que significaba: *Soy el decano y asumo el mando*.

La luz de un cinturón se encendió protestando.

Era el viejo Henderson. Henderson subió a la tribuna, le dijo algo a Vomact y luego, a una señal de aprobación de Vomact, se volvió a los otros exploradores repitiendo la pregunta:

—¿Quién habla por los exploradores que están Afuera, en el Espacio?

No hubo ninguna respuesta: ni de manos ni de luces de cinturones.

Henderson y Vomact conferenciaron unos instantes, cara a cara. Luego Henderson se volvió hacia los otros:

—Me someto a la autoridad del Decano. Pero no a la asamblea de la cofradía. Somos sesenta y ocho exploradores, y sólo cuarenta y siete están presentes, y hay uno en *cranch*. He propuesto por lo tanto que el decano tome el mando de un comité de emergencia, pero no de una asamblea. ¿Entienden y están conformes los honorables exploradores?

Unas manos se alzaron aprobando.

Chang murmuró al oído de Martel:

—¡Qué diferencia! ¿Quién puede distinguir una asamblea de un comité?

Martel aprobó las palabras de Chang, y quedó más impresionado todavía que antes notando cómo Chang, aunque era un haberman, podía dominar la voz.

Vomact reasumió la presidencia:

—Votaremos ahora el asunto Adam Stone. Primero, quizá no descubrió nada y todo es mentira. Nuestra experiencia práctica como exploradores nos dice que el dolor del Espacio es sólo parte de la exploración («*pero la parte esencial, la base de todo*», pensó Martel), y estamos seguros que Stone no resolverá el problema de la disciplina del Espacio.

—Otra vez esa necesidad —murmuró Chang; sólo Martel lo oyó.

—La disciplina del Espacio ha mantenido el alto Espacio limpio de guerras y de disputas. Sesenta y ocho hombres disciplinados dominan todo el alto Espacio. Nuestro juramento y nuestra posición nos apartan de las pasiones terrenales.

»Por lo tanto, si Adam Stone ha vencido el Dolor del Espacio, para que los otros desbaraten la cofradía y lleven al Espacio la inquietud y la destrucción que aflige a las Tierras, yo digo que Adam Stone está equivocado. ¡Si Adam Stone tiene éxito, los exploradores viven en vano!

»Aun si Adam Stone no hubiese vencido el Dolor del Espacio, causará grandes problemas en todas las Tierras. Quizá la Instrumentalidad y los Subjefes no nos den la cantidad suficiente de habermans para manejar las naves. Se oirán historias descabelladas, y habrá menos reclutas, y lo que es peor, si estas absurdas herejías empiezan a divulgarse, no habrá más disciplina.

»Por lo tanto, si Adam Stone consiguió algo, amenaza la existencia misma de la cofradía y tiene que morir.

»Propongo la muerte de Adam Stone.

Y Vomact hizo la señal: *Los Honorables Exploradores son invitados a votar.*

Martel buscó desesperadamente la luz del cinturón. Chang estaba esperando las palabras de Vomact y ya había sacado la luz: el rayo brillante, votando *No*, alumbró directamente hacia arriba, al techo. Martel sacó la luz y lanzó también el rayo hacia arriba. Luego miró alrededor. De los cuarenta y siete exploradores, sólo seis o siete habían encendido las luces de los cinturones.

Aparecieron otras dos luces. Vomact estaba tan tieso como un cadáver congelado. Le resplandecieron los ojos, mientras miraba el grupo en busca de luces. Se encendieron otras más. Luego el cuerpo de Vomact se inmovilizó señalando:

—*Que los exploradores cuenten los votos.*

Tres de los hombres mayores subieron a la tribuna con Vomact. Miraron a la sala. Martel pensó: «*¡Esos malditos fantasmas están votando por la vida de un hombre verdadero, de un hombre vivo! No tienen derecho. ¡Acudiré a la Instrumentalidad!*» Pero sabía que no lo haría. Pensó en Luci, y en lo que ella podría ganar con el triunfo de Adam Stone, y la desgarradora locura que había detrás de esos votos le pareció insoportable.

Los tres exploradores tenían las manos levantadas, mostrando unánimemente la señal de un número: *Quince en contra.*

Vomact los despidió con una reverencia. Se volvió hacia la sala y señaló: *Soy el decano y asumo el mando.*

No entendiendo de dónde le venía tanta audacia, Martel mantuvo en alto la luz del cinturón. Sabía muy bien que cualquiera de los otros podía estirar la mano y torcerle la caja del corazón a *Sobrecarga*. Sintió que la mano de Chang se acercaba para tomarlo de la aerochaqueta. Pero esquivó aquella garra y corrió a la tribuna, más rápidamente que cualquier explorador. Mientras corría se preguntó qué llamado podía hacer. Era inútil recurrir al sentido común. Ahora era inútil. Tenía que hablar de la ley.

Saltó a la tribuna, junto a Vomact, y adoptó la postura: *¡Exploradores, una ilegalidad!*

Habló estando todavía en la misma postura, violando las normas.

—Un comité no puede condenar a muerte por simple mayoría. Se necesitan dos tercios de una asamblea.

Martel vio que el cuerpo de Vomact se le venía encima; sintió que él mismo se caía de la tribuna, golpeaba el suelo, y se lastimaba las rodillas y las manos, ahora sensibles. Lo ayudaron a levantarse. Lo exploraron. Un explorador que casi no conocía le tomó los instrumentos y lo tranquilizó.

Inmediatamente, Martel se sintió mejor, menos preocupado, y se odió a sí mismo.

Miró hacia la tribuna. El cuerpo de Vomact indicaba: *¡Orden!*

Los exploradores volvieron a sus puestos. Los dos exploradores junto a Martel lo tomaron por los brazos. Martel les gritó, pero los exploradores apartaron los ojos, impidiendo toda comunicación.

Vomact habló de nuevo cuando vio que la sala estaba otra vez tranquila:

—Un explorador ha venido en *cranch*. Honorables exploradores, os pido disculpas. Nuestro digno explorador, el amigo Martel, no tiene la culpa. Vino aquí cumpliendo órdenes. Le dije que no dejara el *cranch*. Yo esperaba evitarle un innecesario estado de haberman. Todos sabemos de la felicidad matrimonial de Martel, y le deseamos éxito en esa brava experiencia. Aprecio a Martel. Respeto su opinión. Quería tenerlo con nosotros. Sé que todos queríamos tenerlo con nosotros. Pero está en *cranch*, y no es capaz ahora de compartir la alta tarea de los exploradores. Por lo tanto propongo una solución que será totalmente justa. Propongo que dejemos de lado al explorador Martel por violación de las reglas. Una violación que sería imperdonable si Martel no estuviera en *cranch*.

»Pero a la vez, para hacerle justicia a Martel, propongo también tratar la observación que tan impropriamente ha hecho nuestro digno pero descalificado hermano.

Vomact hizo la seña: *Los honorables exploradores son invitados a votar*. Martel trató de alcanzar la luz del cinturón. Las manos insensibles y fuertes lo apretaban, reteniéndolo, y los esfuerzos de Martel fueron inútiles. Sólo se vio una luz que apuntaba hacia arriba: la de Chang, sin duda.

Vomact volvió a asomar la cara a la luz:

—Habiendo aprobado la proposición general mediante el voto de nuestros dignos exploradores y del visitante presente, propongo que este Comité asuma la plena autoridad de una asamblea, y me haga además responsable de todos los delitos que pueda provocar la acción del Comité. Refutaré los cargos ante la próxima asamblea general, pero no ante ninguna otra autoridad fuera de las filas cerradas y secretas de los honorables exploradores.

Vomact mostró ostensiblemente la posición de *voten*, seguro del triunfo.

Sólo brillaron unas pocas luces: no llegaban a la minoría de un cuarto.

Vomact habló otra vez. La luz le alumbró la frente alta y serena, las mejillas distendidas y secas, dejándole el mentón casi en sombras. Sólo la claridad que venía de abajo le iluminaba a veces los labios, que aun inmóviles parecían siempre crueles. (Se decía que Vomact era descendiente directo de una antigua dama que atravesó alguna vez de manera ilegítima e inexplicable muchos cientos de años en una noche. El nombre, la dama Vomact, había pasado a la leyenda; pero la sangre y la arcaica codicia de poder sobrevivían en el cuerpo mudo y dominante del descendiente. Martel creyó en las viejas historias mientras miraba la tribuna, y se preguntó qué invisible mutación habría puesto en el mundo a la familia Vomact: una

bandada de aves de presa entre los hombres.) Moviendo los labios como si gritara, pero en silencio, Vomact dijo:

—El Honorable Comité se complace ahora en reafirmar la sentencia de muerte dictada contra el hereje y enemigo Adam Stone.

Otra vez la postura de *voten*.

La luz de Chang brilló de nuevo como una protesta solitaria.

Vomact hizo entonces la última propuesta:

—Pido se designe al decano presente como director de la sentencia, y se lo autorice a que nombre ejecutores, a uno o a muchos, que harán evidente la majestad y la voluntad de los honorables exploradores. Pido que mía sea la responsabilidad del acto, y no de los medios. El acto es un acto noble, para protección de la humanidad y el honor de los exploradores; pero de los medios ha de decirse que serán los mejores disponibles, y nada más. ¿Quién sabe cómo matar, a un Otro, en una Tierra atestada y vigilante? No se trata aquí de echar al espacio a un hombre que duerme encerrado en un cilindro, ni de hacerle subir la aguja a un haberman. Cuando la gente muere aquí, no muere como Arriba-Afuera. Muere de mala gana. Matar dentro de la Tierra no es nuestra tarea usual, oh hermanos y exploradores, como bien sabéis. En vuestro nombre y el mío he de escoger a la gente que yo considere apropiada. De otro modo el conocimiento común se convertiría en traición común; en cambio, si la responsabilidad es sólo mía, sólo yo podría traicionaros, y si la Instrumentalidad viniese a investigar, no sería para vosotros motivo de preocupación. («¿Y el asesino? —pensó Martel—. Él también sabrá a menos que... a menos que lo hagas callar para siempre».)

Vomact adoptó la postura: *Los honorables exploradores son invitados a votar*.

Brilló una luz de protesta; la de Chang, de nuevo.

Martel creyó ver una sonrisa alegre y cruel en el rostro inexpresivo de Vomact: la sonrisa de un hombre que se sabía recto y descubría que una autoridad belicosa sostenía y afirmaba esa rectitud.

Martel intentó liberarse por última vez.

Las manos muertas lo sostuvieron. Estarían cerradas como tenazas hasta que los ojos de los propietarios las abrieran: si no fuera así, ¿cómo podrían pasar meses y meses al timón, allá en el espacio?

Martel gritó:

—Honorables exploradores, esto es un asesinato judicial.

Ningún oído lo oyó. Martel estaba en *cranch*, y solo.

Sin embargo, volvió a gritar:

—Están poniendo en peligro a la cofradía.

Nada ocurrió.

El eco de la voz atravesó el cuarto. Ninguna cabeza giró. Ninguna mirada buscó los ojos de Martel.

Martel advirtió que los exploradores hablaban ahora en parejas y evitaban mirarlo. Ninguno deseaba verle las palabras. Detrás de los rostros fríos de esos amigos no había sino lástima o diversión. Todos sabían que él estaba en *cranch*, que era absurdo, normal, humano, durante un tiempo un no explorador. Pero Martel sabía además que en este asunto la sabiduría de los exploradores era del todo inútil. Sólo un no explorador entendía de veras la humillación y la ira que sentirían los Otros ante un asesinato premeditado. La Cofradía estaba en peligro, pues la más antigua prerrogativa de la Ley era el monopolio de la muerte. Hasta las antiguas naciones lo sabían, ya en la época de las guerras, antes de las Bestias, antes que los hombres fuesen Arriba-Afuera. ¿Cómo lo decían? *Sólo el Estado matará*. Los Estados habían desaparecido, pero allí estaba la Instrumentalidad, y la Instrumentalidad no juzgaba crímenes cometidos dentro de las Tierras pero fuera de su autoridad. La muerte en el Espacio era asunto, derecho, de los exploradores. ¿Cómo la Instrumentalidad impondría leyes en un sitio donde los hombres que despertaban, despertaban sólo para morir en el Gran Dolor. La Instrumentalidad, sabiamente, había dejado el Espacio a los exploradores, y la Cofradía, sabiamente, no se metía en los asuntos de las Tierras. ¡Y ahora la Cofradía misma asomaría como una banda de forajidos, estúpidos y temerarios, como las tribus de los Implacables!

Martel lo sabía; estaba en *cranch*. Si hubiese sido haberman hubiera pensado sólo con el cerebro, no con el corazón y las entrañas y la sangre. ¿Cómo podían saberlo los otros exploradores?

Vomact volvió por última vez a la tribuna: *El Comité ha deliberado; cúmplase su voluntad*. Verbalmente, agregó:

—Como decano os pido lealtad y silencio.

Los dos exploradores soltaron los brazos de Martel. Martel se frotó las manos entumecidas, sacudiendo los dedos para calentárselos. Era libre, y se preguntó si podría hacer algo. Se exploró: el *cranch* continuaba. Quizá le durara un día. Bueno, podía seguir adelante aun después de volverse haberman, pero eso no era conveniente, pues tendría que hablar con el dedo y la tablilla. Buscó a Chang con la mirada. Lo vio de pie en un rincón, tranquilo, inmóvil. Martel se acercó lentamente, para no atraer demasiado la atención de los otros. Miró a Chang, de cara a la luz, y articuló:

—¿Qué hacemos? No dejarás que maten a Adam Stone, ¿verdad? ¿No entiendes lo que serían para nosotros los trabajos de Stone si tuvieran éxito? No habría más exploradores. No habría más habermans. No habría más dolor Arriba-Afuera. Te digo que si los otros estuvieran como yo ahora, verían todo de un modo humano, no con esa lógica estrecha e insensata que mostraron en la reunión. Tenemos que detenerlos. ¿Te parece posible? ¿Qué haremos ahora? ¿Qué piensa Parizianski? ¿A quién eligieron?

—¿A qué pregunta te contesto?

Martel se rió. (Era bueno reírse, aun entonces; uno se sentía más humano.)

—¿Me ayudarás?

Los ojos de Chang centellearon mirando la cara de Martel:

—No. No. No.

—¿No ayudarás?

—No.

—¿Por qué, Chang? ¿Por qué?

—Soy un explorador. Se ha votado. Tú harías lo mismo si no estuvieras en esa condición extraña.

—No estoy en una condición extraña. Estoy en *cranch* y veo las cosas que ven los Otros. Veo la estupidez. La imprudencia. El egoísmo. El crimen.

—¿Qué es un crimen? ¿Tú no mataste? No eres de los Otros, Martel; eres un explorador. Ten cuidado o te pesará.

—¿Por qué votaste entonces contra Vomact? ¿No entendiste acaso lo que significa Adam Stone para todos nosotros? Los exploradores vivirán en vano. ¡Gracias a Dios! ¿No entiendes?

—No.

—Pero hablas conmigo, Chang. ¿Eres mi amigo?

—Hablo contigo. Soy tu amigo. ¿Por qué no?

—¿Pero qué vas a hacer?

—Nada, Martel. Nada.

—¿Me ayudarás?

—No.

—¿Ni siquiera para salvar a Stone?

—No.

—Entonces le pediré ayuda a Parizianski.

—Pierdes el tiempo.

—¿Por qué? En este momento Parizianski es más humano que tú.

—Parizianski no te ayudará porque tiene una tarea. Vomact lo designó para matar a Adam Stone.

Martel calló en la mitad de una palabra. De pronto señaló: *Gracias, hermano, y me voy.*

Cuando llegó a la ventana se volvió hacia los otros. Vio que los ojos de Vomact lo miraban. Hizo la señal *Gracias, hermano, y me voy*, y el saludo de respeto a los decanos. Vomact lo miraba, y Martel alcanzó a verle el movimiento de los labios. Creyó ver las palabras «...ten mucho cuidado...», pero no esperó a estar seguro. Dio un paso atrás en la ventana y se dejó caer.

Bajo la ventana, cuando los otros ya no podían verlo, se ajustó la aerochaqueta: velocidad máxima.

Nadó perezosamente en el aire, explorándose con atención y reduciendo la producción de adrenalina. Al fin abrió la llave y sintió que el aire frío lo golpeaba como un torrente.

Adam Stone tenía que estar en el Puerto Principal.

Adam Stone tenía que estar allí.

¿No se llevaría una verdadera sorpresa, Adam Stone, esa noche? La sorpresa de encontrarse con el más extraño de los seres, el primer explorador renegado. (Martel advirtió de pronto que ese renegado era él mismo.) ¡Martel, el traidor de los exploradores! No sonaba bien. ¿Martel, leal a los hombres? ¿No era una compensación? Y si ganaba, la ganaba a Luci. Si perdía, nada perdía: un haberman insignificante y prescindible. Cierto que ese haberman era él mismo, pero poco importaba si se tenían en cuenta los intereses de la humanidad, de la Cofradía, de Luci.

«Adam Stone tendrá dos visitas esta noche —pensó Martel—. Dos exploradores que son amigos entre ellos. —Esperaba que Parizianski fuese todavía un amigo—. Y el mundo —continuó—, depende de quien llegue primero».

Las luces multifacéticas del Puerto brillaron a lo lejos, entre la niebla. Martel vio las torres exteriores de la ciudad y vislumbró la periferia fosforescente que los protegía de la invasión de las Bestias, las Máquinas, o los Implacables.

Martel invocó una vez a los señores de la fortuna:

—¡Ayudadme a pasar por un Otro!

Dentro del Puerto, Martel no tuvo demasiados problemas. Se echó la aerochaqueta sobre los hombros, ocultando los instrumentos. Sacó el espejo de observación y se maquilló la cara desde dentro, agregando tono y animación a la sangre y a los nervios hasta que los músculos de la cara se le encendieron y una saludable transpiración le brotó de la piel. Parecía así un hombre común al cabo de un largo vuelo nocturno.

Luego de aislarse las ropas y de esconder la tablilla en la chaqueta, Martel se encontró con el problema del dedo parlante. Si conservaba la uña, descubrirían que era un explorador. Lo respetarían, pero lo identificarían. Los guardias que la Instrumentalidad habría apostado ya alrededor de Adam Stone lo detendrían en seguida. Si rompía la uña... Ningún explorador, en toda la historia de la Cofradía, se había roto voluntariamente la uña. Eso hubiese sido Renuncia, y no había tal cosa. ¡La única *salida* estaba Arriba-Afuera! Martel se llevó el dedo a la boca y cortó la uña a mordiscos. Se miró el dedo, que ahora parecía tan extraño, y suspiró.

Echó a andar hacia las puertas de la ciudad, deslizó la mano dentro de la chaqueta y cuadruplicó la fuerza muscular. Observó un momento, y recordó que tenía los instrumentos ocultos. *«Lo arriesgaré todo»*, pensó.

El vigilante lo detuvo con un alambre escrutador. La esfera chocó contra el pecho de Martel.

—¿Eres un hombre? —dijo la voz invisible.

(En la condición de haberman-explorador el campo magnético de Martel hubiera encendido la esfera.)

—Soy un hombre.

Martel sabía que el tono de voz era adecuado; esperaba que no lo confundieran con un menshanyager, una Bestia o un Implacable, que trataban de entrar en las ciudades y en los puertos imitando a los hombres.

—Nombre, número, jerarquía, propósito, función, hora de partida.

—Martel. —Martel, explorador 34, tuvo que recordar el viejo número—. Sol 4234, año 782 del Espacio. Jerarquía: subjefe en ascenso. —La jerarquía real de Martel—. Propósito, personal y legal, en los límites de la ciudad. Ninguna función de la Instrumentalidad. Partida del Puerto exterior: 20.19 horas.

Ahora todo dependía de si le creyeran o que pidieran información al Puerto exterior.

La voz sonó monótona y rutinaria:

—Tiempo deseado dentro de la ciudad.

Martel usó la frase de costumbre.

—Solicito vuestra honorable tolerancia.

Esperó, de pie, en el fresco aire nocturno. Muy allá arriba a través de un claro en la niebla, vio el venenoso resplandor del cielo de los exploradores. «*Las estrellas son mis enemigas —pensó—. He vencido a las estrellas, pero las estrellas me odian. ¡Ah, qué viejo que suena eso! Como en un libro. He andado tanto en cranch*».

Volvió la voz:

—Sol 4234 raya 782, Subjefe en ascenso Martel entra por las puertas legales de la ciudad. Bienvenido. ¿Desea alimento, ropa, dinero, compañía?

No había hospitalidad en la voz: sólo rutina, pero no era como entrar en una ciudad en el papel de explorador. Los subalternos aparecían entonces displicentes, y le iluminaban a uno la cara con las luces de los cinturones, y articulaban las palabras con una ridícula condescendencia, gritando a los oídos de los exploradores, sordos como tapias. Así recibían, pues a los subjefes; impersonalmente, pero no mal. No mal.

Martel respondió:

—Tengo lo que necesito, pero pido un favor a la ciudad. Mi amigo Adam Stone está aquí. Deseo verlo. Motivos urgentes, personales y legales.

La voz respondió:

—¿Tiene una cita con Adam Stone?

—No.

—La ciudad lo encontrará. ¿Qué número?

—Lo he olvidado.

—¿Lo ha olvidado? ¿Adam Stone no es un Magnate de la Instrumentalidad? ¿Es usted de veras amigo de Stone?

—De veras. —Martel dejó asomar un poco de fastidio en la voz—. Guardia, si hay alguna duda, llame al subjefe.

—No dije que hubiese dudas. ¿Cómo no conoce el número? Tiene que quedar constancia de esto —continuó la voz.

—Éramos amigos en la infancia. Stone había cruzado el... —Martel empezó a decir «Arriba-Afuera» y recordó que esa denominación era corriente sólo entre observadores—. Ha ido de Tierra en Tierra y acaba de volver. Lo conocía bien y quiero encontrarlo. Le traigo noticias de amigos. ¡Que la Instrumentalidad nos ayude!

—Oído y aceptado. Buscaremos a Adam Stone.

A riesgo —aunque un riesgo pequeño— que sonara la alarma de la esfera, indicando *no humano*. Martel conectó el transmisor dentro de la chaqueta. La temblorosa aguja de luz tembló esperando las palabras y Martel empezó a escribir con el dedo roto. «*Esto no sirve*», pensó y tuvo un instante de pánico hasta que encontró el peine, y escribió con un diente afilado: «Ninguna emergencia. explorador Martel llamando a explorador Parizianski».

La aguja se estremeció y la respuesta brilló y se apagó: «Explorador Parizianski de servicio. Explorador automático recibe las llamadas».

Martel apagó el transmisor.

Parizianski estaba en algún sitio, cerca. ¿Habría entrado directamente, por encima de la muralla de la ciudad, haciendo sonar la alarma e invocando una tarea oficial cuando los suboficiales lo atajaron en el aire? Difícil. Debían de haber venido otros exploradores junto con Parizianski, pretendiendo que iban en busca de algunos de los escasos y leves placeres que podía disfrutar un haberman, como mirar las imágenes de noticias o contemplar las mujeres hermosas de la Galería del Placer. Parizianski andaba cerca, pero no podía haber llegado privadamente, pues la Central de exploradores decía que estaba de servicio, y lo seguía paso a paso, ciudad tras ciudad.

Volvió la voz, perpleja.

—Encontraron y despertaron a Adam Stone. Pide disculpas al honorable, y dice que no conoce a ningún Martel. ¿Quiere ver a Adam Stone por la mañana? La ciudad le dará la bienvenida.

Martel sintió que se le acababan los recursos. Ya era bastante difícil imitar a un hombre y además tenía que mentir disfrazado de hombre. Alcanzó a repetir:

—Dígale que soy Martel. El marido de Luci.

—Así se hará.

Otra vez el silencio, y las estrellas hostiles, y la impresión que Parizianski andaba cerca y se acercaba cada vez más. Martel sintió que el corazón se le aceleraba. Echó un vistazo furtivo a la caja del pecho y bajó el corazón un punto. Se sintió más tranquilo, aunque no había podido explorarse con cuidado.

La voz era ahora alegre, como si se hubiera aclarado algo:

—Adam Stone consiente en verle. Entre en el Puerto, y bienvenido.

La pequeña esfera cayó en silencio al suelo y el alambre se retiró a la oscuridad, susurrando. Un estrecho y brillante arco de luz se elevó a los pies de Martel y cruzó el cielo de la ciudad hasta un edificio alto, que parecía un hotel, y donde Martel no había estado nunca. Martel recogió la aerochaqueta, se la apretó contra el pecho como lastre, pisó el rayo de luz y subió silbando en el aire hasta la ventana de entrada. La ventana se abrió de pronto como una boca devoradora.

Había un guardia junto a la ventana.

—Le esperan, señor. ¿Trae armas, señor?

—Ninguna —dijo Martel, con satisfacción.

El guardia lo hizo pasar ante la pantalla detectora. Martel notó el fugaz chispazo de advertencia que atravesó la pantalla. Los instrumentos que llevaba encima lo identificaban como explorador. El guardia no se había dado cuenta.

Llegaron a una puerta y se detuvieron.

—Adam Stone está armado. Está legalmente armado por autorización de la Instrumentalidad y la libertad de la ciudad. Advertimos a todos los que entran aquí.

Martel asintió con un movimiento de cabeza y entró en el cuarto.

Adam Stone era un hombre bajo, gordo y afable. El pelo canoso le crecía muy tieso sobre una frente estrecha. La cara era colorada y alegre. Parecía un divertido guía de la Galería de Placeres, y no un hombre que había estado al borde de Arriba-Afuera luchando contra el Gran Dolor sin la protección del haberman.

Stone miró fijamente a Martel. Parecía perplejo, tal vez un poco fastidiado, pero no hostil.

Martel fue al grano.

—Usted no me conoce, Stone. Mentí. Me llamo Martel y no quiero hacerle daño. Pero mentí. Suplico el honorable obsequio de la hospitalidad de usted. Siga armado. Apúnteme con el arma...

Stone sonrió:

—Lo estoy haciendo —y Martel miró la mano rolliza y hábil de Stone y no la diminuta punta de alambre.

—Bien. No baje la guardia. Así podrá oírme mejor. Pero le suplico que ponga una pantalla de seguridad. No quiero espectadores casuales. Es un asunto de vida o muerte.

Stone habló con una voz inmutable, el rostro sereno.

—Ante todo: ¿la vida y la muerte de quién?

—De usted, y de mí, y de los mundos.

—No es usted muy claro, pero de acuerdo. —Stone gritó a la puerta—: Secreto, por favor.

Hubo un zumbido, y los sonidos de la noche desaparecieron rápidamente.

Adam Stone dijo:

—Señor, ¿quién es usted? ¿Qué lo trae aquí?

—Soy el Explorador Treinta y Cuatro.

—¿Usted un explorador? No lo creo.

Martel se abrió la chaqueta y mostró la caja del tórax. Stone lo miró asombrado. Martel explicó:

—Estoy en *cranch*. ¿Nunca lo había visto?

—No en hombres. En animales. ¡Asombroso! Pero..., ¿qué desea?

—La verdad. ¿Me tiene miedo?

—No con esto —dijo Stone empuñando la punta de alambre—. Sin embargo, le diré la verdad.

—¿Es cierto que ha vencido al Gran Dolor?

Stone vaciló, buscando las palabras.

—¿Puede decirme en seguida cómo lo hizo, para que yo pueda creerle?

—He cargado de vida las naves.

—¿Vida?

—Vida. No sé qué es el Gran Dolor, pero en los experimentos descubrí que cuando enviaba cantidades de animales o plantas, la vida era más larga en el centro del grupo. Construí naves, pequeñas, claro, y las lancé al espacio con conejos, monos...

—¿Bestias?

—Sí. Bestias pequeñas, y las bestias volvieron indemnes. Volvieron porque las paredes de las naves estaban repletas de vida. Probé muchas especies, y al fin encontré un tipo de vida que vive en las aguas. Ostras. Lechos de ostras. Las ostras de más afuera murieron en el Dolor. Las de más adentro sobrevivieron. Los pasajeros llegaron ilesos.

—¿Pero eran bestias?

—No solo bestias. Yo.

—¿Usted!

—Atravesé el Espacio solo. Lo que ustedes llaman Arriba-Afuera, solo. Despierto y durmiendo. Estoy bien. Si no me cree, pregúntele a los hermanos exploradores. Venga a ver la nave por la mañana. Me agradecería verlo allí junto con los otros exploradores. Haré una demostración ante los Jefes de la Instrumentalidad.

Martel repitió la pregunta:

—¿Volvió solo?

Adam Stone pareció enojado:

—Sí, solo. Si no me cree, mire el registro de exploradores. Nunca me pusieron en una botella para cruzar el espacio.

La cara de Martel resplandeció.

—Sí, es cierto. No habrá más exploradores. No habrá más habermans. No habrá más *cranch*.

Stone miró la puerta.

Martel no entendió.

—Bien, quiero decirle...

—Señor, dígamelo a la mañana. Disfrute usted del *cranch*. ¿No es agradable? Médicamente lo conozco bien. Pero no en la práctica.

—Es agradable. La normalidad... durante un tiempo. Pero escuche. Los exploradores han jurado destruirlo a usted, y destruir su trabajo.

—¿Cómo?

—Se han reunido y han votado y jurado. Dicen que los exploradores serán ahora innecesarios. Habrá guerras como antes si se pierde la exploración y los exploradores vivirán en vano.

Adam Stone estaba nervioso, pero no perdió la cabeza.

—Usted es un explorador. ¿Va a matarme? ¿O a tratar de matarme?

—No. He traicionado a la Cofradía. Llame a los guardianes cuando yo me vaya. Rodéese de guardianes. Intentaré parar al asesino.

Martel vio una mancha en la ventana. Antes que Stone volviera la cabeza ya le habían arrebatado el alambre. La mancha se materializó y reveló a Parizianski.

Martel reconoció el estado de Parizianski: *Alta velocidad*.

Sin pensar en el *crunch* se llevó rápidamente la mano al pecho y puso también *Alta velocidad*. Unas olas de fuego, como el Gran Dolor pero más ardientes, lo inundaron de pies a cabeza. Trató de mantener la cara legible mientras se ponía delante de Parizianski y señalaba.

Emergencia suprema.

Parizianski habló mientras el cuerpo de Stone se alejaba de ellos tan lentamente como una nube llevada por el viento:

—Apártate. Estoy cumpliendo una misión.

—Lo sé. Te paro aquí y ahora. Párate. Párate. Stone tiene razón.

Martel apenas alcanzaba a leer los labios de Parizianski, del otro lado de aquella bruma dolorosa. (Pensó: «¡Dios, Dios de los antiguos! ¡Dame fuerzas! ¡Permíteme que viva un tiempo bajo sobrecarga!»)

—Apártate —estaba diciendo Parizianski—. ¡Por orden de la Cofradía, apártate! —Y Parizianski hizo la señal: *¡Solicito ayuda en nombre del deber!*

Martel sentía que se sofocaba en aquel aire almibarado. Hizo un último intento:

—Parizianski, amigo mío, amigo mío, mi amigo. Quietos. Quietos.

(Nunca un explorador había matado a otro explorador.)

Parizianski hizo la señal: *Estás incapacitado y me hago cargo.*

Martel pensó: «¡Por primera vez en la historia del mundo!», mientras estiraba la mano y movía la caja del cerebro de Parizianski. *Sobrecarga*. Parizianski miró con ojos aterrorizados, comprendiendo, y cayó flotando sobre el piso.

Martel apenas alcanzó a tocarse la caja del pecho. Mientras se desvanecía hacia el estado de haberman, o hacia la muerte, no lo sabía, movió la llave, reduciendo la velocidad. Trató de hablar, de decir:

—Llamen a un explorador, necesito auxilio, llamen a un explorador.

Pero las tinieblas crecieron y el silencio apretó el cuerpo de Martel.

Martel despertó y vio la cara de Luci.

Abrió más los ojos y descubrió que oía... que oía el llanto feliz de Luci, los sonidos del pecho de Luci, cuando ella respiraba.

Martel habló débilmente:

—¿Todavía vivo?

En las sombras borrosas, junto al rostro de Luci, se deslizó otro rostro. Era Adam Stone. La voz profunda atravesó inmensidades de espacio antes de llegar a Martel. Martel trató de leer los labios de Stone, pero no los veía bien. De nuevo escuchó la voz:

—... ¿Me entiendes? ¡No estás en *cranch*!

Martel trató de decir:

—¡Pero oigo! ¡Siento!

Los otros entendieron de algún modo. Adam Stone habló otra vez:

—Volviste del estado de haberman. Yo te hice volver. No sabía si daría resultado en la práctica, pero la teoría era correcta. No piensas que la Instrumentalidad dejará de lado a los exploradores, ¿verdad? Eres normal otra vez. Dejamos morir a los habermans, a medida que llegan las naves. Los habermans ya no necesitan vivir. Pero estamos reparando a los exploradores. Tú eres el primero. ¿Entiendes? Tú eres el primero. Ahora descansa.

Adam Stone sonrió. Martel creyó ver, borrosamente, detrás de Stone, el rostro de uno de los Jefes de la Instrumentalidad. Aquel rostro también le sonrió, y luego los dos desaparecieron, subiendo y alejándose.

Martel trató de levantar la cabeza, de explorarse. No pudo. Luci lo miraba fijamente, tranquila, pero con una expresión de cariñosa perplejidad.

—¡Mi querido! ¡Has vuelto otra vez, para quedarte!

Martel insistió tratando de verse la caja. Al fin, torpemente, se pasó una mano por el pecho. No había nada allí. Los instrumentos habían desaparecido. Había vuelto a la normalidad, y todavía estaba con vida.

En la débil y profunda calma de la mente de Martel, apareció otro pensamiento perturbador. Intentó escribir con el dedo, como quería Luci, pero no tenía ni la uña afilada ni la tablilla de explorador. Tenía que hablar. Juntó fuerzas y susurró:

—¿Los exploradores?

—Sí, ¿qué quieres?

—¿Los exploradores?

—Los exploradores. Oh, sí, querido, están bien. Tuvieron que arrestar a algunos que escaparon a *Alta velocidad*. La Instrumentalidad los detuvo a todos, a todos los que estaban en tierra, y ahora son felices. Sabes, querido —Luci rió—, algunos no querían que los volvieresen a la normalidad. Pero Stone y los jefes los persuadieron.

—¿Vomact?

—Vomact también está bien. En *cranch* ahora, hasta que puedan repararlo. Sabes, ha hablado para que los exploradores tengan nuevas tareas. Todos serán jefes comisionados del Espacio. ¿No te parece maravilloso? Vomact logró que lo nombraran jefe del Espacio. Todos ustedes serán pilotos, para que la

Cofradía y el gremio puedan seguir como hasta ahora. En este momento están cambiando a Chang. Pronto lo verás.

Luci se entristeció de pronto. Miró a Martel.

—Es mejor que te lo diga ahora. Si no te preocuparás. Ha habido un accidente. Sólo uno. Cuando tú y tu amigo visitaron a Adam Stone, tu amigo estaba tan contento que se olvidó de explorarse, y se dejó morir en *Sobrecarga*.

—¿Visitamos a Stone?

—Sí. ¿No recuerdas? Tu amigo.

Martel parecía sorprendido, y Luci explicó:

—Parizianski.

FIN

Título Original: *Scanners Live in Vain* © 1950.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 5.